

LA NOVELA HA MUERTO,

a Cervantes. Yo soy un admirador de Valle-Inclán, como lo soy de ese gran escritor americano que es Faulkner, de Proust, de Simenon, aunque parezca una paradoja. Y me ha influido casi toda persona que ha escrito antes de mí. Pues he sentido un desprecio hacia Galdós, cuando ha sido uno de nuestros grandes novelistas. ¿Qué puede decir sólo Valle-Inclán? Yo he tratado todos los experimentos del mundo, pero luego he vibrado como escritor. Me he preocupado del problema de la condición humana, que es lo que más cuenta.

—Además, el realismo no está reñido con la fantasía.

—Es un complemento. No hay que olvidar que tras Pinocho está quien lo hace posible, quien lo fabrica; está la pobreza italiana, etcétera.

Hablamos de lo que se hace ahora en España, ante lo que Grosso está tan atento, de algunas de las últimas novelas que han salido, de la madurez de Gonzalo Torrente Ballester, de Juan Marsé, al que considera como a un gran profesional que lo sabe hacer muy bien; de Juan Lobón, de Berenguer; de la primera novela de Caballero Bonald, que considera mejor que la siguiente; de Antonio Ferrer, que necesita evolucionar. Ramiro Pinilla le interesa por sus últimas cosas. El caso Benet, tan particular por haberse convertido en puro grafismo, aunque escritor de raza. De Sorel, que ha de manipular más la realidad. Germán Sánchez Espeso tiene mucho futuro. De Antonio Martínez-Menchén, ante quien hay que descubrirse por su calidad, de la que apenas se ha hablado en este país; su cuento, *Inquisidores*, es una maravilla. Y de tantos otros.

—¿Con qué estás más a gusto de lo que has hecho?

—Para mí, porque era lo más triste, *Florido mayo*, que es el libro de mi tragedia familiar, el libro para el que he sido escritor, me he estado preparando toda la vida para escribirlo y quitarme así una espina, como diría Antonio, que tenía clavada en el corazón.

Alfonso Grosso está contento, entre otras cosas porque, como él dice, "es muy importante para un escritor haber terminado un libro y tener otro". La exposición es un trabajo parecido a *Los invitados*. Ya tiene acumulado suficiente material que desarrollar: libros, mapas clavados en la pared, mapas de ciudades que necesita conocer, etcétera. Un Grosso apasionado por su pluma, con sus viajes, con su familia. Parece que escribe para viajar, o viaja para escribir. No importa qué está antes. Escribe y viaja. ■ V. C.

LA EDAD INSTANTANEA

Reaccionarios de izquierdas

JUAN CUETO ALAS

NOS están poniendo muy complicado esto de ser de izquierdas. Hubo un tiempo, en la última década del sultanato, en que bastaba y sobraba con la estética. Mejor dicho, con la cosmética. Era un asunto de representación y ahora es un acto de voluntad porque hay que matizar demasiado, explicar demasiado, justificar demasiado. El guiño y el codazo de antaño, supremos acontecimientos de la manifestación ideológica urbana, han sido sustituidos por una tediosa acumulación de conjunciones adversativas, cuando no condicionales, que son introducidas en el discurso con el evidente fin de rebajar el significado de la definición política, como hace el agua o los cubitos de hielo con el whisky. Ya nadie se autotitula de izquierdas a pecho descubierto aunque milite por esa zona. Lo expresaba magníficamente Woody Allen en su "Annie Hall", cuando decía que era un perfecto reaccionario de izquierdas.

RECUERDO con pecaminosa nostalgia la mágica efectividad de aquel sencillo discriminador de actitudes ideológicas que consistía en suponer de derechas de toda la vida al individuo que jamás se nombraba como tal en público o en privado; y de izquierdas, al que lo proclamaba a los cuatro vientos y sin venir a cuento.

LA vieja derecha se expresaba como Pedro por su casa a través del silencio astuto y la nueva izquierda llegó a existir únicamente en cuanto denunciadora de aquella espléndida falacia naturalista: la que pretendía analogar un determinado modo de ser, y de estar, con los grandes principios generales de la humanidad: el matrimonio con el sexo, el tresillo con el confort, el futuro con la Seguridad Social, la libreta de ahorros con el regionalismo y la propiedad horizontal con el patriotismo.

EN el presente instantáneo, la nueva derecha triunfante se caracteriza por su cínica actitud parlanchina a costa de los remordimientos de conciencia histórica del adversario, mientras que la muy envejecida izquierda se singulariza por su escandalosa pérdida del lenguaje revolucionario, por sus muy celebradas amnesias filosóficas y lo que es peor, por su sospechosa afonía materialista y/o racionalista.

A fuerza de que la burguesía solariega identificara machaconamente el capitalismo con la civilización, la inexperta progresía llegó a confundir inocentemente la civilización con el capitalismo. Y el mito, ancestral patrimonio comunicativo de la conservaduría de masas, empieza a formar parte del sistema de signos de la zurdería de élites. De contumaces desmitificadores nos han convertido en desmitificados vergonzantes por culpa de las antiguas torpezas estratégicas y, todo hay que reconocerlo, por los ceremoniales absurdos de la Plaza Roja, el dichoso archipiélago Gulag, la chirriente cronometría mental del orden socialista y la por lo visto inexorable lógica estatal del Kremlin.

NOS están robando la palabra y la izquierda con estos pelos: muda de asombro por el desmesurado interés electoral que sus líderes manifiestan por los Botejara, en cuyo honor han sido sacrificados Marx y Lenin, el universalismo y el materialismo, la historia y la dialéctica.

LOS congresistas de UCD quieren transformar el mundo y los teóricos del marxismo únicamente pretenden conocer la sociedad. Y como complemento, los revolucionarios ya sólo aspiran a **cambiar de vida**. La famosa tesis de Marx ("Los filósofos, hasta ahora, no han hecho más que conocer el mundo, pero de lo que se trata es de cambiarlo") ha saltado por los aires peninsulares como bengala surrealista. Es el gran "show" de un país que se dispone a celebrar el tercer aniversario de la muerte de Franco con un partido de derechas cuyo "slogan" es la **marcha** y con una oposición directamente inspirada en el **quietismo** de Miguel de Molinos.

NADA más lógico, por tanto, que ante el espectáculo de una izquierda mítica y mística surja de la nada una derecha cínica y jesuitica que ya no tiene reparos en manifestarse abiertamente tal cual es y que discute con desparpajo de esos **maestros pensadores** tan apresuradamente expulsados de la doctrina adversaria. En justa compensación, el "progre" descubre en las postrimerias del siglo XX el dulce encanto de la ópera italiana, de la novelaría decimonónica, del estilo libre indirecto, de la gastronomía cristiana, del dandysmo cultural y de la sociedad agraria. Es bastante difícil ser de izquierdas: no hace tanto tiempo sólo te exigían el gusto de la razón, ahora te examinan de las razones del gusto.